

T. BLANCH – J. A. LABARI

Los **BUSCA** Pistas

El caso del
cementerio embrujado



¡Pepa y Maxi no se cansan de resolver misterios!

¿Qué enigma tendrán que descifrar los dos amigos detectives esta vez?

Del cementerio de Canterville salen espeluznantes chillidos...

¿Les ayudarás a descubrir quién grita?

¡Conviértete en detective con Pepa Pistas y Maxi Casos!



Estos son **PULGAS**,
el sabueso de la agencia,
y **BEBITO**, el hermano de Pepa.
Su superchupete ha sacado
a Los Buscapistas de más
de un apuro.



**AGENCIA
LOS BUSCAPISTAS**
Situada en la antigua casa
de Pulgas.



**EL ANÓNIMO
DEL ANTIFAZ**, un extraño
personaje que ayuda a Los
Buscapistas... pero ¿quién
se oculta bajo ese antifaz?
¡Busca pistas y descubre
su identidad!



¿QUIÉN DEAMBULA POR EL
CEMENTERIO EN PLENA NOCHE?





UNA MANCHA EN LAS ESCALERAS

Pepa Pistas y el resto de sus compañeros de clase hacían cola frente al microbús que los llevaría de colonias. Antes de subir, la señorita Ling comenzó a pasar lista. Estaban todos, excepto...

—Maxi Casos... —dijo la señorita Ling cuando tocó el turno a los apellidos que empezaban por la C.



Silencio. La cola de niños se volvió hacia Pepa.

—¿Maxi Casos? —repitió la señorita Ling con una mueca de sorpresa y prosiguió—: Luci Crespas... Dani Dado... Cristina Lio...

¿Dónde se había metido Maxi?

Pepa parecía algo inquieta.

—No te preocupes. —El señor Pistas intentó tranquilizarla—. Seguro que aparece...



—¡Y si está indisponible y no puede venir?! —exclamó Pepa. La idea de salir de excursión sin su mejor amigo la horrorizaba.

Bebito le ofreció su chupete. A él lo calmaba y pensó que a su hermana también.



—¡Ha llegado la hora de salir! —La señorita Ling guardó la lista y se apartó de la puerta del autocar para que los niños subieran y tomaran asiento—. Sentaos por parejas, nada de gritos, ni saltos, ni...

—¡No podemos irnos! —gritó Pepa desde el final de la cola.

La señorita Ling echó un vistazo al reloj.

—Está bien, cinco minutos más... —Suspiró y luego continuó hablando—: ¿Se puede saber quién ha dejado el equipaje abandonado en medio de la acera?



La señorita Ling se acercó a la mochila y la observó atentamente. Durante unos segundos, tuvo la sensación de que se movía. Cuando se agachó para recogerla, el señor Pistas se le adelantó:

—Esto... ya me ocupo yo... je, je, je.



—Déjela en el portaequipajes con el resto de las bolsas
—advirtió la señora Rodeo, quien, además de ser la directora de la escuela, conducía el microbús y era la cocinera en las excursiones escolares.



El señor Pistas obedeció sin rechistar. Días antes, la señorita Ling, a sabiendas de que el padre de Pepa disponía de tiempo libre antes de empezar a escribir su siguiente novela, le había pedido que hiciese de padre voluntario para acompañarles a las colonias.



La señorita Ling admiraba profundamente al señor Pistas, y él había aceptado con una única condición: llevarse a Bebito. Su esposa se iba a una convención de veterinarios, y estaba claro que el niño no podía quedarse solo. Dicha condición no era del agrado de la señora Rodeo, poco amante de los bebés.

—Debemos irnos, se está haciendo tarde —advirtió la señora Rodeo.

En ese instante, un coche verde aparcó bruscamente frente al autocar, y Maxi, acompañado por su madre, salió precipitadamente del vehículo.



—¿Se puede saber dónde te habías metido? —quiso saber Pepa cuando tomaban asiento.

Luci Crespas y Cristina Lio asomaron las cabezas desde los asientos traseros.

—No encontraba a... —Maxi calló un instante. No estaba permitido llevar mascotas a la excursión— ya sabes.

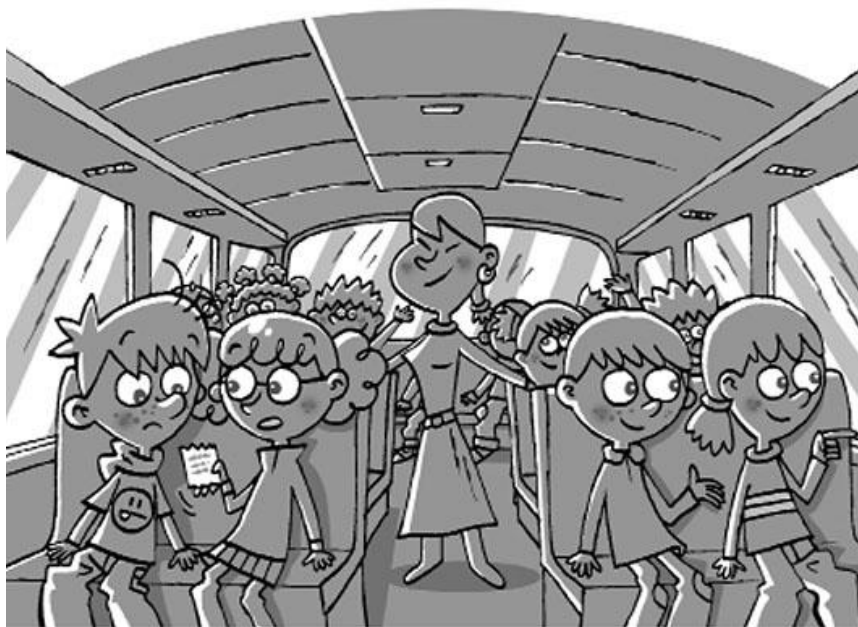
Pepa lo miró con ojos interrogantes.

—¿A...?

Entonces Maxi levantó las cejas y señaló la capucha de su sudadera. En ese instante, Pepa descubrió el hocico de la mascota de su amigo olisqueando el ambiente.



—¡Eres un caso, Maxi! —le regañó Pepa mientras sacaba del bolsillo un recorte de periódico arrugado—. Lo encontré anoche en la mesa del estudio de mi padre.



Luci Crespas y Cristina Lio asomaron de nuevo la nariz.

Fantasmas en el cementerio de Cantervilla

Un pastor que solía detenerse a descansar con su rebaño en las inmediaciones de Cantervilla, aseguró a este periódico haber oído unos chillidos desgarradores provenientes del interior del cementerio. Además dijo ver sombras que se movían en el interior. El miedo lo obligó a huir y desde hace dos noches no ha vuelto al lugar. La policía local no parece dar mayor importancia a ese extraño hecho y lo atribuye a habladurías de los vecinos.

—¿Cantervilla? —susurró Maxi con los ojos como platos.

—No estoy segura, pero creo que es justo el lugar al que... —contestó Pepa, pero la voz de la señorita Ling la interrumpió.

—¡Hemos llegado! No os levantéis de vuestros asientos hasta que la señora Rodeo haya aparcado.

Frente a ellos se levantaba una casa de tres plantas, con la fachada ruinoso, la pintura desconchada y grandes ventanales cerrados a cal y canto con mallorquinas de madera. El microbús se detuvo, y la señora Rodeo se levantó de su asiento y se reunió en medio del pasillo con la señorita Ling.

—¡Bienvenidos a... —anunció la señorita Ling.

—... Canterville! —La señora Rodeo sonrió.



A Pepa Pistas y a Maxi Casos se les escapó un grito agudo. Tenían los pelos como escarpías. Junto a la casa, vislumbraron un fantasmagórico cementerio de animales. En el cartel de madera que colgaba de la puerta de hierro rezaba claramente el nombre de CANTERVILLA.